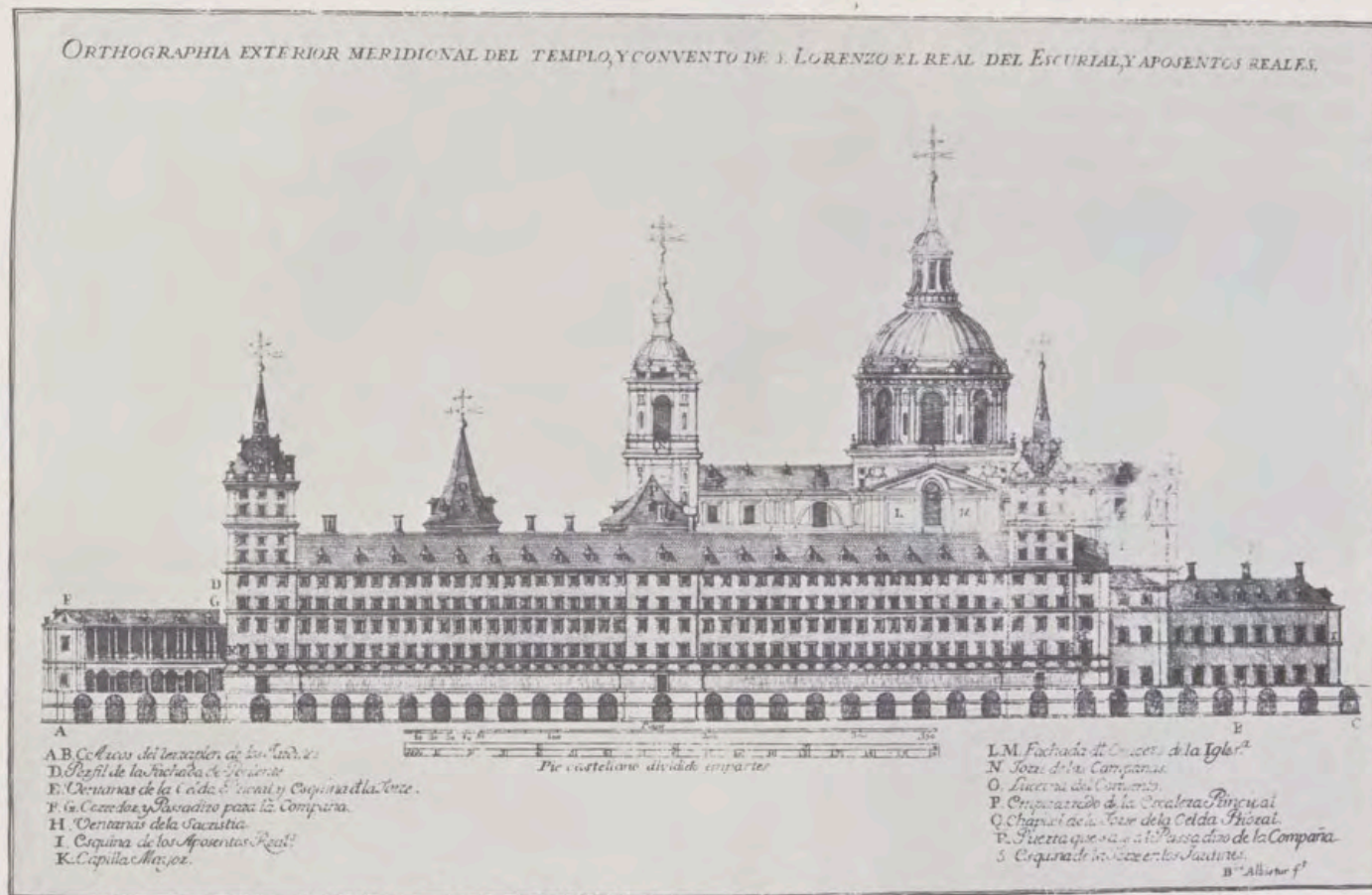


El Escorial: Monasterio y cultura

Por ENRIQUE TIERNO GALVAN



Plano del Monasterio, publicado en la obra «Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial», de Andrés Ximénez.

El día 17 de septiembre del presente año, con asistencia de Sus Majestades los Reyes, se inauguró la conmemoración del IV Centenario de la terminación de las obras del Monasterio. Con este motivo, y entre otros actos, se celebró uno académico, en el que intervino el profesor Don Enrique Tierno Galván, que pronunció la conferencia que insertamos a continuación.

Con frecuencia erramos con las palabras, cuando éstas han de expresar algo en extremo sutil y casi inefable. Es difícil expresar qué hay detrás de lo que aparece, aunque tengamos clarísima conciencia de que ese detrás existe como principio y fundamento. Aquello que hay en el fundamento y queda en cierto modo oculto a las palabras, suele en ocasiones ser acuñante y está exigiendo la singular creación que existe en definir por la pala-

bra. Son las palabras las que descubren el fundamento. Ante cualquier cosa, obra o acto que se nos ofrece borrosa, lejana, misteriosa o enigmática, vuelve el viejo decir clásico, «Oh dioses, dadme la palabra».

El Escorial, Monasterio, museo, recatado lugar de singulares estudios, biblioteca suma del saber habido, es, pese a su claridad en las formas, culturalmente enigmático. Hay algo, de lo cual El Escorial es un epifenómeno, una aparición. Cualquier persona culta que visita este monumento, acaba preguntándose ¿qué significa? o, con mayor amplitud aún, ¿qué sentido tiene?, ¿qué palabra define ese sentido?

No es respuesta bastante la respuesta estética, la más común. Hay aquí, sin duda, mucha belleza. Aguas rebosantes de paz y vida infinitas fluyen por los antiguos cauces al gran estanque y saltan y bailan en ocasiones, por conductos de blanca piedra, para derramarse y esparcirse en bellas pis-

cinas menores. Musitan de día y alzan su murmullo en la noche, que aquí con frecuencia es grandiosa y estrellada por el impulso de los vientos que la olean. Hay aquí también jardines inolvidables, alamedas y escalinatas y por doquier sorprendentes testimonios de exquisita belleza. El propio edificio es un conjunto de limpias superficies que recogen y corporeizan la luz. Merced a tantas singulares impresiones logramos sobreponernos y recobrarnos, librándonos a través de una embargadora experiencia estética de lo que nos acompaña de presuntuoso y meramente hablador. Así lo dijo el poeta y así es.

Pero la respuesta estética no basta. Según la costumbre de contemplar descansa el ánimo y éste se habitúa a la seducción de lo bello, la primitiva inquietud reaparece y con ella la pregunta sobre el significado, ¿qué significa o muestra El Escorial? ¿Qué sentido tiene?

Durante horas, sentado en una de

las grandes piedras de la montaña próxima, el contemplador busca la palabra que descubra el sentido, hasta que éste aparece como una súbita y vivísima iluminación: la palabra es coherencia; la única última coherencia absoluta entre el cosmos, el mundo y el hombre que nos es dable contemplar a los modernos, sin sentir que es históricamente ajena o irremediabilmente lejana. Tan clara y fuerte es esta idea, que permite afirmar que a partir de El Escorial ya no hay símbolo alguno vigente que signifique la coherencia absoluta que permite que la muerte de un niño, una obra de arte, la libertad individual y el movimiento de los astros, tengan sentido unitario y coherente según una cosmovisión que no es ajena a su propia modernidad.

Después de El Escorial es inútil buscar un símbolo semejante. Cada cosa va por su lado. Unos cuantos años más tarde de 1584, sólo unos cuantos, Galileo explica el movimiento de los cuerpos según ecuaciones. O lo que es lo mismo: ciertos esquemas mentales, unos u otros, los más eficaces, se aplican a la realidad para explicarla. A partir de este descubrimiento de Galileo, que a él mismo dejó perplejo y confuso, la Naturaleza y la Razón adquieren su propia autonomía y con frecuencia no coinciden. Es en cierto modo lo que decía Arias Montano: «Si cada uno de nosotros juzga y define el sentido de la palabra de Dios, ¿qué queda de Dios?». El camino de la historia tornase el camino de la incoherencia. No existe cosmovisión unitaria que permita reposo a la mente, sosiego al alma, seguridad a la Razón y solidez al hombre, en su relación con Dios y con el mundo. La historia continuó su camino de contradicciones y divergencias sin referencia a una última cohesión, y no ha de sorprendernos que en el siglo XIX, cuando Hegel publicó la *Enciclopedia de las Ciencias del Espíritu* y su doctrina se difundió, surgiera de las Universidades, de las Academias, de las tertulias cultas, de las bibliotecas, un grito casi hebreo de alegría en común, ¡la coherencia ha vuelto!, ¡la tranquilidad renace! Una corta onda de esta embriagadora paz llegó a España a través de la obra de F. Krause. Pero poco duró el contento, casi pagano, de la coherencia reencontrada, la historia inflexible seguía el camino de la disolución. No debe extrañarnos que los viajeros de fines del siglo XIX, al redescubrir El Escorial se sintiesen prendidos y a la vez humillados por el símbolo de una cosmovisión de coherencia absoluta que les seducían, pero que difícilmente podían entender.

Únicamente los contemporáneos y de modo especial los españoles, eran capaces de intuir y expresar lo que El Escorial, el gran símbolo, significaba.

Imitando a Dios

Permítanme que les lea unas palabras de Luis Cabrera de Córdoba, autor del libro *Felipe II, Rey de España*, publicado en Madrid, 1619, página 919, que acredita cuánta razón hay en lo que digo.

«Porque creó Dios, arquitecto perfectísimo, todas las criaturas en justo peso y medida, y consta la hermosura sensible, la conveniencia, concordia y proporción de las partes con el todo y de ellas entre sí, haciendo inferir que es hermoso el mundo, y creer tienen sus cosas tan cierta y determinada magnitud, que si desta máquina se quitase una estrella o parte o se añadiese, se deformaría el compuesto y belleza, porque se hizo con acuerdo en el número y peso que acordó el fabricante y en la proporción que tenía en su divina traza en que estaba. La medida pone modo en las cosas, el número especie y el peso estabilidad, porque las perfecciona Dios, están dispuestas en justo peso, medida y número.

Por esto las dio a Noé para fabricar la nave o arca antes del diluvio. Y a Moisés mostró en el monte el modelo del tabernáculo y de todas las cosas que le pertenecían, declarando la grandeza, número, peso, proporción y correspondencia que había de tener. Lo mismo vio Salomón en la traza que su padre le había dado para el edificio del Templo. El universo tiene un cierto y determinado número en sí y en sus partes; región infima de los cuerpos que se mueven y corrompen, en que hay Quaternio de elementos. Región media de los que no se corrompen y se mueven, en que hay septenio de Planetas. Y la suprema en que hay unidad de Dios. Y así el tener los Principes curiosa advertencia en que sus edificios tengan toda perfección, es imitar a Dios, como lo procuró don Felipe... Era naturalmente inclinado a edificar, y con la buena traza y forma de sus edificios, la dio generalmente para todos los del Reino, gozándose en pasar las cosas de no ser a ser, que es sombra de creación, imitando a Dios. El de San Lorenzo aumentó su reputación en toda la redondez de la tierra, como la de Salomón su templo»¹.

La personalidad a la que se debe tan singular edificio, expresó a través de él, su propia coherencia y su afirmación en la realidad. Me refiero al Rey Felipe II, sobre el que tanto se ha escrito, en pro y en contra y por lo común, dejándose arrastrar por un censurable apasionamiento. Con relación a nuestro tema, quizá convenga aclarar que fue persona en extremo culta y con un espíritu abiertamente moderno. Moderno dentro de una cosmovisión absolutamente integrada y transparente, pero moderno en cuanto creía que esa concepción del mundo, en la

que la vacilación no entraba, era capaz de asimilar cuantas transformaciones y progresos pudieren producirse.

No es lo que digo afirmación caprichosa. De su biblioteca particular cedió dos mil libros para iniciar el fondo de lo había de ser la biblioteca más importante de Europa, la escurialense, e hizo él mismo anotaciones singulares al lado del nombre de cada uno de los libros en el catálogo que ordenadamente los recogía. Tal catálogo se quemó en el gran incendio, pero se ha rehecho por un erudito monje de este Monasterio y a través de los libros que el Rey cedió, puede captarse mucho de su saber y de sus aficiones. Cabe añadir que era Teólogo profundo, como lo había sido su padre, por el que tanto respeto y amor filial sentía y no lo era menos él que, desde su cuarto de trabajo, seguía las polémicas teológicas y se informaba minuciosamente de cómo iban. Digo esto para que se entienda que cuando el Rey concibió y lentamente planeó y construyó El Escorial, pensaba desde categorías que se referían a la Divinidad y su relación con el mundo y los hombres, desde supuestos filosóficos que trascendían el antropomorfismo crédulo que, arbitrariamente, se le ha atribuido. Cuando inició la adquisición de reliquias, permítanme que añada este ejemplo más, puso extremado cuidado en distinguir las auténticas y autenticadas de las probables o puramente imaginarias, que sólo por cortesía y respeto, colocó en una sala aparte.

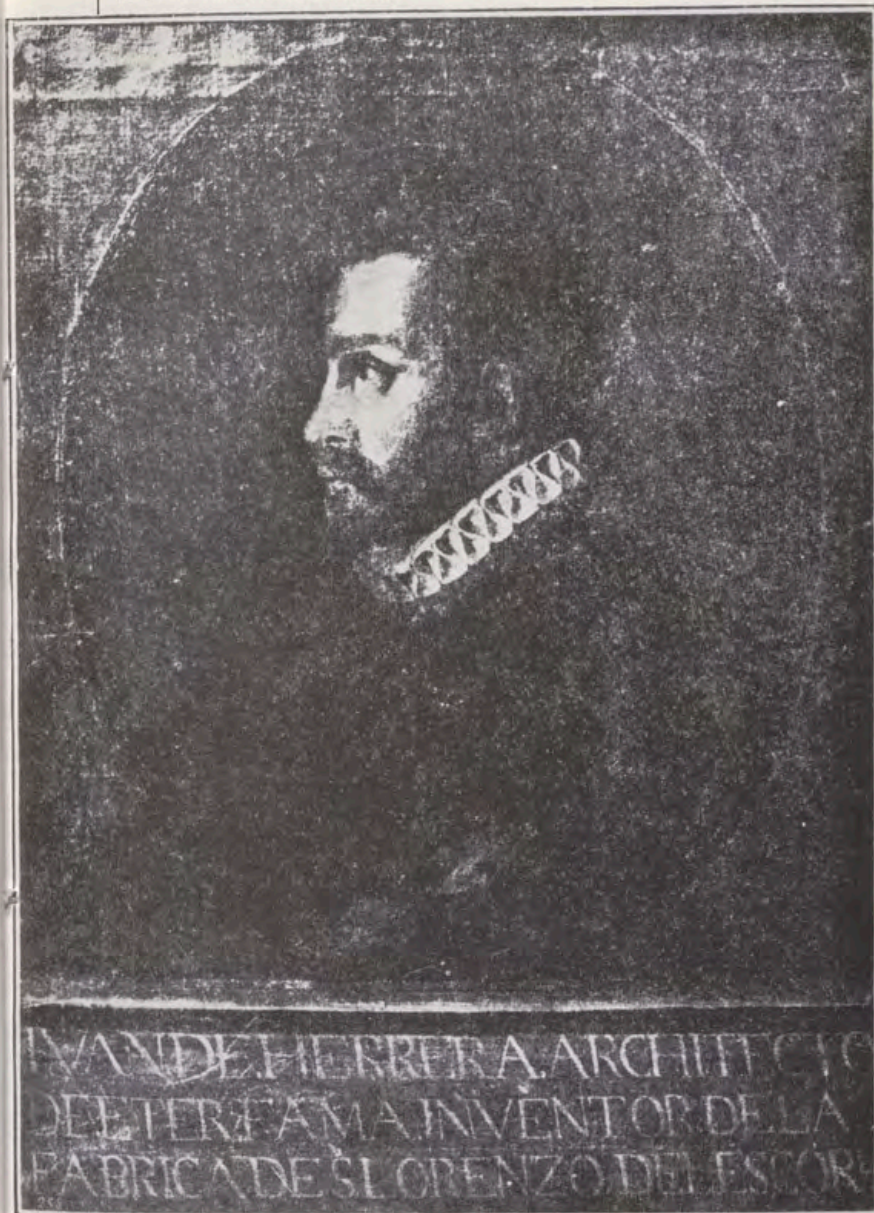
De esta inteligencia cultivada y clara, surgió El Escorial, para cumplir fines, taxativamente expuestos en el Acta de Fundación.

Es cierto que el Monasterio se puso bajo la advocación de San Quintín, que rememoraba un episodio histórico favorable a las ideas y a las armas reales, pero, en ningún caso, fue la conmemoración de aquel hecho bélico o una supuesta promesa por haber ocupado las tropas reales un edificio religioso, el fin último de El Escorial. Tiene, la fundación del Monasterio, fines religiosos, fines dinásticos, fines sociales y fines culturales. Pero concretamente los fines por los que se funda San Lorenzo de El Escorial están claramente expuestos en la Carta de Fundación y Dotación, dada por el Rey el 22 de abril de 1587.

Paz y Justicia

Los fines principales son dos: primero, «reconocer los muchos y grandes beneficios que había recibido de Dios nuestro Señor, por sostener y mantener estos nuestros reinos, en su Santa Fe y Religión y en paz y en justicia», y, en segundo lugar, «que el Empera-

Juan de Herrera
(Biblioteca del Real Monasterio
de San Lorenzo de El Escorial).



Fray José de Sigüenza
(Biblioteca del Real Monasterio
de San Lorenzo de El Escorial).



dor, mi Señor e padre, nos cometió y remitió lo que tocaba a su sepultura y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la Emperatriz y Reina, mi Señora madre, habían de ser puestos y colocados». De estos fines quiero subrayar los fundamentales que tienen cierto carácter permanente e intemporal: me refiero a la paz y a la justicia. El Rey quería que San Lorenzo de El Escorial significase exactamente estos dos valores que son, en cierto modo, por los que hoy cuantas personas obedecen a los dictados de una limpia conciencia luchan: la paz y la justicia. Por «sostener y mantener estos nuestros Reinos en Paz y en justicia».

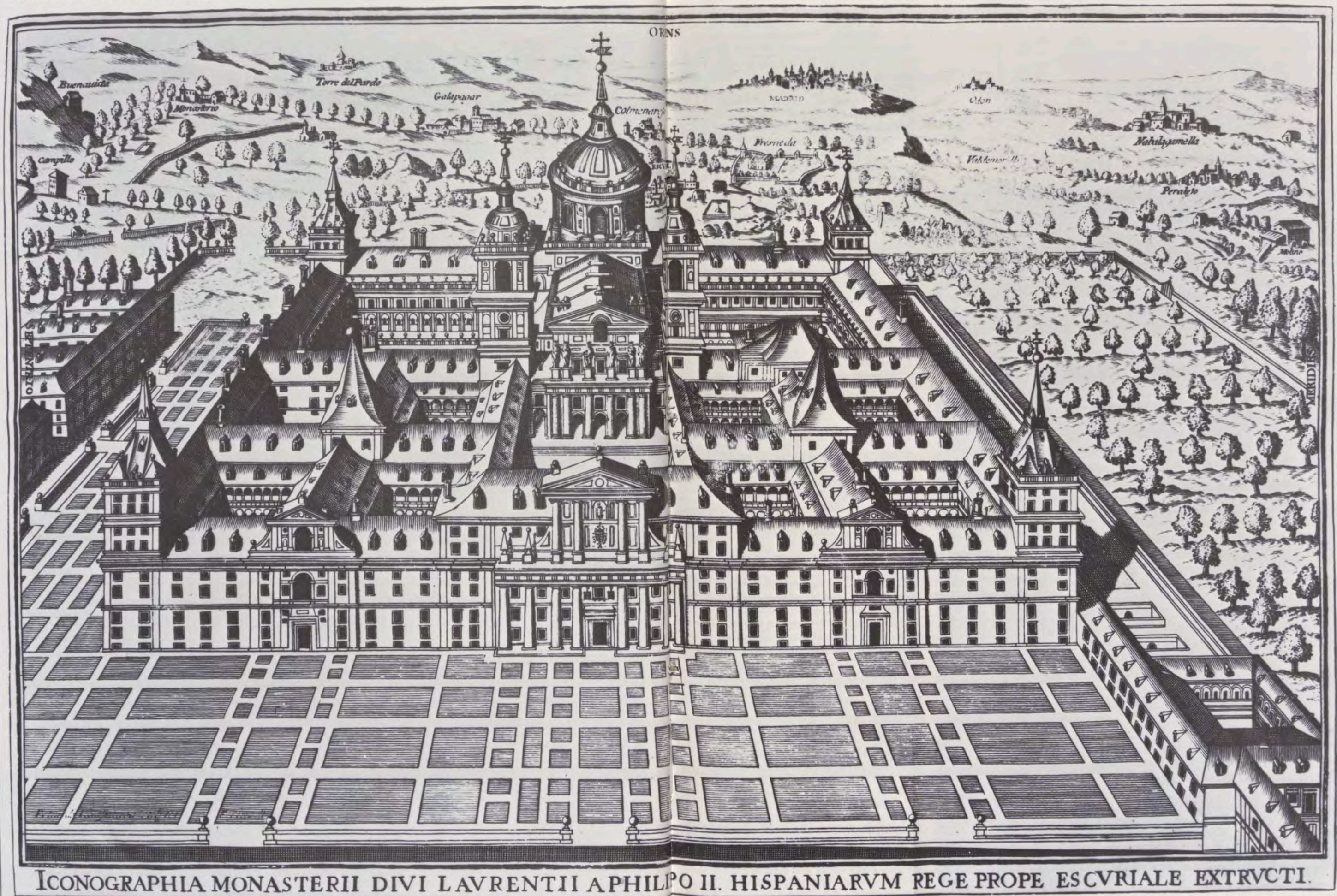
Quería pues el Rey que el Monasterio expresase estas dos ideas, y para ello se esforzó desde su juventud por encontrar la forma arquitectónica que les sirviese de vehículo de expresión. A mi juicio, la idea de un monumento en que se expresasen estos valores ab-

solutos, la debió tener Don Felipe en su viaje juvenil siendo Príncipe por los Países Bajos, según se induce de la minuciosa relación que hizo Calvete de Estrella. Sea como fuere, la idea cuajó en su ánimo y con la idea la forma. Necesitaba el Arquitecto que la convirtiese en algo real.

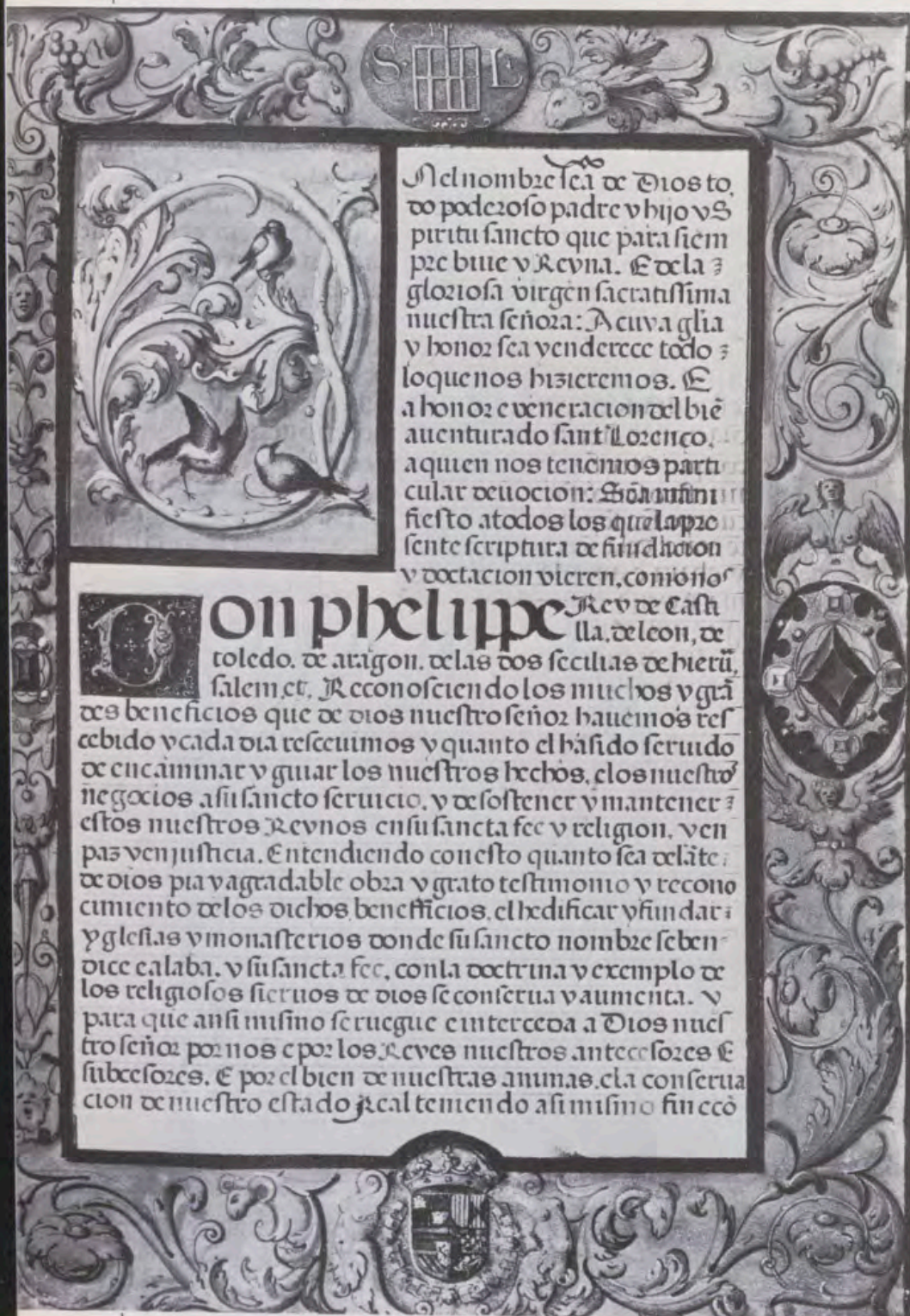
Don Felipe eligió un Arquitecto moderno, innovador, ajeno en cierto modo a las viejas trazas y modelo, ayudante de Miguel Angel, al que conocía desde su juventud. Cabe sospechar, como cree el ilustre erudito Padre Luciano Rubio, agustino de este Convento, que el Rey había conocido siendo estudiante en Valladolid, a Juan Bautista de Toledo, que estudiaba también entonces. Don Felipe era un gran aficionado a la arquitectura, no mal traicista y, por lo que sabemos, rápido y exacto calculador. Juan Bautista recibió el encargo y lentamente, con una gran paciencia por parte del Rey, por-

que al Arquitecto se le agrió el carácter por la desaparición de su familia y libros en un naufragio, se fue perfilando la traza y perfil alzado del gran monumento. Se hicieron infinidad de consultas, apenas hubo nadie de fama al que no se le preguntase acerca de su opinión sobre El Escorial. Opinó Miguel Angel para algunos puntos concretos, a quien el Rey por cierto no hizo gran caso, opinó la Academia de Florencia, opinaron arquitectos particulares, un grandísimo conjunto de notas, observaciones, dibujos y antecedentes de Basílicas famosas como en el caso de Spalato, fueron acumulándose, pero, sobre todo cabe inducir, que regía la idea fundamental del Rey. Su propia, personal, concepción.

Aparte de atenerse a la vieja tradición española que asociaba Panteón, Basílica y otras partes, el Rey quería, esencialmente, algo nuevo, que expresase las ideas fundamentales de justi-



Primera página de la Carta de Fundación
y Dotación del Monasterio,
dada por el Rey el 22 de abril de 1587.



cia, paz y loa y subordinación al Supremo Hacedor. Se introdujeron en los planos modificaciones casi permanentes, como ocurrió después de la consulta del Rey a Francesco Paciotto, que hizo que se cambiase la planta de la Iglesia, sustituyendo la antigua por la traza cuadrada de este último. No obstante los muchos inconvenientes, dificultades y cambios, el Monasterio se iba adaptando a las ideas del Monarca. Cuando murió Juan Bautista de Toledo, quizá hijo natural del Virrey de este nombre, el Rey nombró a uno de los ayudantes, a Juan de Herrera, que había colaborado con Gaspar de Vega y que era hombre sumamente reflexivo y también imbuido, como acredita su filiación luliana, de las ideas fundamentales de paz y de justicia. El Rey logró así que se acabase el Monasterio, del que hoy conmemoramos la colocación de la última piedra y respecto del cual cabe que reiteremos en qué sentido es expresión de los eternos valores de justicia y paz.

Vencida ya la leyenda denigratoria, larga, triste y errónea y contemplando los hechos con la necesaria neutralidad, el Monasterio es consecuencia de una inteligencia cultivada que sentía un profundo respeto y amor por la cultura y el progreso. Quizá haya que llegar estas notas al extremo de separar con cuidado al Rey Felipe del mundo convulso e hirviente de sus reinos.

Judios conversos y judíos judaizantes. Españoles que rezaban en secreto a Mahoma y se alzaban en rebeldía. Antiguos reinos de la vieja España que se levantaban defendiendo instituciones incompatibles con el Estado moderno. La amenaza constante de la heregia desintegradora. Místicos, alumbrados, dejadizos, hidalgos nuevos e hidalgos viejos, indianos arrogantes, gentes que en algunos casos seguían hablando en su propio idioma y practicando sus propias y ancestrales costumbres que se llevaban mal entre sí, poseídos por un terrible orgullo personal. Pero detrás de todo, enmarcándolo todo, una cosmovisión unitaria que unía a la clase dirigente que encarnaba en el Rey y que le permitía evitar con inteligencia y energía que la unidad se rompiera y construir lentamente la administración moderna de un Estado moderno. Mientras, en la Península, lo que llamamos la concepción barroca del mundo, avanzaba inexorablemente, el Rey practicaba, como este propio Monasterio demuestra, un cierto método precartesiano, lineal, consecuente y fundamental.

He hablado antes de la Biblioteca. El Monarca compró, para nutrir la, las de los principales eruditos de su tiempo, y atendió a los ruegos de Páez de Castro para convertir al Monasterio, también, en depósito de una grande biblioteca nacional, que lo sería a su vez

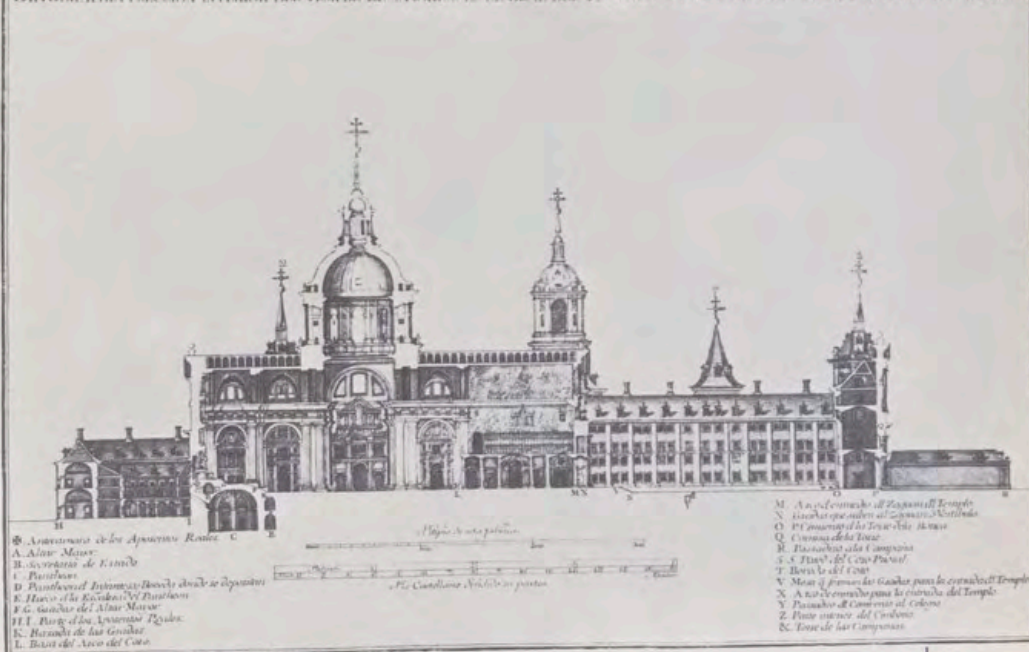
universal. La biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza, una de las más ricas y escogidas de su tiempo, costó al Rey muchas conversaciones, compromisos y esfuerzos, hasta que logró traerla a este Monasterio. En las bibliotecas de los eruditos, como en la propia del Rey, no se había aplicado el expurgo ni la prohibición. Don Diego Hurtado de Mendoza, estaba obsesivamente preocupado e inquieto por la mecánica de Aristóteles, como lo atestigua el propio Páez de Castro, que trabajó con él, y el Rey Felipe II había cedido a la Biblioteca del Real Monasterio el libro de Copérnico *De Revolutionibus*, que llevaba, según alguna vez se ha dicho, anotaciones de su puño y letra, libro que tantas polémicas y sospechas doctrinales levantara. Don Felipe estaba, hay que repetirlo, al lado, sin vacilar, de los modernos. Una inmensa biblioteca que, como es conocido, padeció mucho en el grande incendio, pero que con todo y durante mucho tiempo, fue y sigue siendo de las principales de Europa.

Pero no rompamos el hilo principal del discurso y volvamos a preguntarnos acerca del significado del monumento. En relación con la cosmovisión del Monarca y con su fin de expresar la paz y la justicia, uno de los monjes jerónimos que asistió a la edificación de El Escorial y que fue profesor y predicador del Monasterio, amén de Bibliotecario, Iconógrafo y Reliquero, ha dicho quizá las palabras más profundas para explicar el significado de justicia y de paz, en resumen de cultura, de este magnífico testimonio de coherencia cósmica.

La unidad de El Escorial

El Padre Sigüenza, al que me refiero escribiendo sobre El Escorial en el discurso duodécimo de su historia, dice lo siguiente: «Uno de los primores grandes que tiene esta fábrica, es ver cómo se limitan todas sus partes y cuán una es, en todas ellas. El edificio que no guarda esto, da señal del poco caudal y comprensión del Arquitecto, que no supo atar y hacer uno todo el cuerpo. No es otra cosa la que llamamos correspondencia sino la buena razón del arte. Mas —continúa diciendo Sigüenza, páginas adelante— como estaba en España perdido el uso de las buenas artes con la fiera y rusticidad de la guerra contra los moros, hizo admiración ver guardar aquí tanta correspondencia en la Arquitectura y pensaban que no era sino gusto, o inclinación, del Rey D. Felipe o curiosidad ociosa, que siempre que había una puerta o ventana, respondiese enfrente otra. Así podemos decir, según lo que nos ha enseñado San Agustín, que este Príncipe nos

ORTOGRAFIA Y SECCION INTERIOR DEL TEMPLO DE S. LORENZO EL REAL DEL ESCORIAL Y PARTE DEL CONVENTO Y APOSENTO REALES.



Diferentes planos del Monasterio, publicados en la obra «Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial», de Andrés Ximénez.

ORTOGRAFIA Y SECCION INTERIOR DEL TEMPLO DE S. LORENZO EL REAL DEL ESCORIAL, CON SU RETABLO Y ALTAR MAYOR Y CLAUSTROS DEL CONVENTO Y CASA REAL.



Plano del Monasterio.

publicado en la obra «Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial», de Andrés Ximénez.

ORTOGRAFIA DELA ENTRADA DEL TEMPLO DE S. LORENZO EL REAL DEL ESCORIAL I SECCION INTERIOR DEL CONVENTO I COLEGIO



puso en razón y nos hizo que advirtiésemos la que las artes tienen en sí mismas y la proporción que hacen con nuestras almas.

En este edificio en que estamos —dice el Padre Sigüenza— si miramos cada parte atentamente, no dejará de admirarnos que no haya una puerta en un lado y otra enmedio, o desviada en medio, porque la mala proporción de las partes ofende gravemente a la vista, y razón será que nos preguntemos por qué nos ofende tanto ver dos ventanas desiguales, estando la una puesta al lado de la otra: en resumen, en todas las artes, la correspondencia y conveniencia agrada, y guardándose, todo queda hermoso. Esta correspondencia ama la unidad y la igualdad o semejanza de partes iguales. En este edificio, se hayará bien platicado lo que San Agustín enseña, que la misma naturaleza del hombre y la razón de que está dotado hace con el Monasterio gran conveniencia. Está lleno de her-

mosura y cuadra con la luz del propio entendimiento y las semillas de la ciencia que le puso dentro su creador, que es la unidad y la igualdad suma, que en aquel libro va buscando el Santo Dr. San Agustín para que, de la arquitectura que contempla la vista, se levanten otros pensamientos más generosos y dignos de la cosecha del hombre».

En resumen, dase aquí, de acuerdo con San Agustín, el viejo criterio platónico de que la unidad, la verdad, la bondad y la belleza son convertibles; donde se dan estas cualidades hay verdad y viceversa, y todo ello descansa, de acuerdo con Platón y San Agustín, en una suprema virtud que es reflejo de una suprema idea, la idea de justicia que comprende y justifica las demás. De este modo, Don Felipe, lector asiduo de San Agustín, como si tuviéramos tiempo acreditaría, concibió al Monasterio como testimonio de la gran unidad o coherencia de la crea-

ción, asentada sobre la idea suprema de justicia y su resultado práctico en la tierra, esto es, la paz.

Momento llegará en que vuelva la coherencia, en que sea otra vez posible que el cielo, la tierra y los hombres y también sus actos, se expliquen por principios comunes e integrados y, cuando esa nueva y grande coherencia llegue, los hombres volverán su vista hacia El Escorial, señalando con respeto el último testimonio de la última gran coherencia vital y espiritual que vivieron los europeos desde la época clásica.

Si los momentos supremos de la cultura se dan en esa difícil coherencia de una cosmovisión unitaria, El Escorial marca un momento supremo en la historia de la cultura de España y del mundo.

NOTAS

¹ L. CABRERA DE CARDOVA, *Felipe II. Rey de España*, Madrid, 1619, pág. 919.